

HOMILÍA PASTORAL

Hermanos y hermanas amados en Cristo:

En este día en que la Iglesia celebra la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, la Palabra del Señor resuena con una sencillez conmovedora: “El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí” (Mt 18,5).

Jesús no dice: “el que acoge a muchos”, sino “a un niño como este”. Esto significa que, para Dios, cada persona es única. Cada rostro posee un valor incalculable. Cada niño, cada migrante, cada refugiado es conocido y amado por el Padre.

En un mundo en el que el elevado número de migrantes puede, en ocasiones, hacernos perder de vista el valor inherente de cada persona, Jesús nos invita a adoptar una nueva mirada: detrás de cada estadística hay una historia, un rostro, una familia, un sufrimiento, pero también una esperanza. Por tanto, el migrante y el refugiado no son ni una categoría ni un número, sino una vida.

El Papa León nos recuerda que los migrantes no son meros números o expedientes, sino “personas con una familia y una casa dejada atrás; con sueños que nadie tiene derecho a despreciar”. En efecto, la dignidad humana no tiene pasaporte y no pierde su valor al cruzar una frontera.

(Viaje apostólico del Papa León XIV a España, Las Palmas de Gran Canaria, 11 de junio de 2026)

1. Acoger al pequeño significa acoger a Jesús mismo

Hermanos y hermanas:

Cuando Jesús dice: “*El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí.*” (Mt 18,5), nos revela una verdad que interpela profundamente nuestra manera de vivir el Evangelio. Él se identifica con los pequeños, con aquellos que son más frágiles y tienen mayor necesidad de amor, protección y esperanza.

El Hijo de Dios quiso compartir nuestra condición humana desde el inicio de su existencia terrena. Al hacerse niño, eligió entrar en el mundo con sencillez y debilidad, manifestando que la grandeza de Dios se revela en la humildad y en el amor. Por eso, cada niño posee una dignidad inherente que nadie puede arrebatarse, pues es amado por Dios y está llamado a ser signo de su presencia.

Esta palabra del Señor cobra aún mayor relevancia cuando reflexionamos sobre la realidad de los niños migrantes y refugiados. No solo son personas que necesitan nuestra ayuda: son hermanos y hermanas confiados a nuestra responsabilidad. En sus

miedos, en sus esperanzas y en su vulnerabilidad, Cristo sigue llamando a la puerta de nuestro corazón.

Acoger a un niño, escucharlo, protegerlo y devolverle la esperanza equivale a acoger a Jesús mismo. Este es el criterio con el que el Señor nos invita a medir la autenticidad de nuestra fe: no por las palabras que pronunciamos, sino por el amor concreto que sabemos ofrecer a los más pequeños. El Papa León XIV afirma que su presencia debe ser reconocida y apreciada como una verdadera bendición divina, una oportunidad para abrirnos a la gracia de Dios, que infunde nueva energía y esperanza a su Iglesia: “No se olviden de practicar la hospitalidad, ya que gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a los ángeles” (Heb 13,2). (*Mensaje del Santo Padre León XIV para la 111.ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, 4-5 de octubre de 2025*).

La Iglesia nos recuerda que la caridad cristiana no se limita a una mera ayuda exterior ofrecida a quien sufre, sino que representa un verdadero encuentro con una persona amada por Dios (Encíclica del Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, n. 34). Acoger con amor a un niño o a cualquier otra persona vulnerable e inmigrante es una oportunidad para convertirnos en instrumentos de la ternura de Dios.

2. Mirar a los pequeños con la mirada misericordiosa de Dios

Hermanos y hermanas:

Tras invitarnos a acoger a los pequeños en su nombre, el Señor también nos enseña a mirarlos con sus ojos. La mirada de Dios no se detiene en las apariencias, ni en las condiciones sociales, ni en las heridas que marcan la vida de una persona. Él ve, ante todo, a un hijo amado, creado a su imagen y destinatario de su amor.

En esta Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, estamos llamados a purificar nuestra mirada. Ante los niños que se ven obligados a abandonar su tierra, no podemos limitarnos a considerar únicamente las dificultades inherentes a la migración y los desafíos que esta conlleva. La fe en Jesús nos invita a reconocer en cada niño a una persona con una dignidad inviolable, una historia que escuchar y una esperanza que custodiar.

Mirar con la mirada misericordiosa de Dios significa dejarnos conmover por el sufrimiento de estos pequeños sin ceder a la indiferencia. Significa aprender a ver más allá de las heridas, reconociendo los dones, las riquezas y las posibilidades que el Señor ha puesto en sus vidas. Es una mirada que no juzga, no excluye ni condena, sino que anima, sostiene y abre caminos de esperanza.

3. Los niños migrantes: una responsabilidad confiada a nuestro amor

Entre las personas que viven la experiencia migratoria, los niños soportan una carga especial, ya que con frecuencia se enfrentan a situaciones marcadas por la guerra, la pobreza, la violencia y otros factores que afectan a sus vidas.

A veces presentan heridas visibles; sin embargo, las más dolorosas son las que permanecen ocultas: el miedo a la muerte y a lo imprevisible, los traumas profundos, la pérdida de referentes, la falta de afecto y de seguridad, la separación de sus familias, la pobreza insoportable y la incertidumbre ante el futuro. Por ello, nuestras familias, colegios, parroquias y comunidades religiosas están llamadas a ser lugares de acogida donde estos niños puedan recuperar la seguridad, la dignidad y el apoyo que necesitan.

4. Una Iglesia que acoge, protege, promueve e integra

Ante los desafíos migratorios, nos unimos a la Iglesia para recorrer estos cuatro caminos propuestos en favor de los menores migrantes. Se trata de comprometernos de manera concreta, tal como recordaba el Papa Francisco (*Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, 14 de enero de 2018*):

a. Acoger

Se nos pide que abramos nuestros corazones y nuestras comunidades a los menores migrantes. Se trata de actuar como Dios mismo, dando espacio al otro, para que cada niño y cada persona vulnerable puedan encontrar una puerta abierta y escuchar estas palabras: “Tú tienes un lugar entre nosotros”.

b. Proteger

Al igual que Jesús, estamos llamados a defender la dignidad de las personas vulnerables, sobre todo de los niños, frente a toda forma de explotación y violencia: “Dejadlos, no impidáis a los niños acercarse a mí; de los que son como ellos es el reino de los cielos”, dice el Señor Jesús (Mt 19,13-14).

c. Promover

Como cristianos, es nuestro deber ayudar a cada uno de estos pequeños a desarrollar los dones que Dios les ha confiado mediante la educación, la formación y el acompañamiento. Porque lo que da valor al pequeño no es, ante todo, lo que recibe, sino lo que es capaz de realizar.

d. Integrar

Somos artesanos de un edificio de comunión en el que cada persona humana, incluidos los más pequeños y los más vulnerables, pueda aportar su propia riqueza, su propia cultura y su propia experiencia.

Este es el camino de conversión personal ante un fenómeno migratorio en constante crecimiento. No podemos cerrar nuestro corazón a Cristo, que llama a la puerta.

Pero, ¿es nuestra comunidad verdaderamente una casa abierta? ¿Están nuestros corazones abiertos para acoger a Cristo, que viene a incomodarnos en la persona del pequeño migrante, de la persona vulnerable que clama por ayuda?

5. La acogida de los migrantes: un testimonio del Evangelio

El Concilio Vaticano II nos enseña que la Iglesia está llamada a ser “signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen Gentium*, n. 1). Por tanto, la Iglesia no acoge a los migrantes por mera solidaridad humana, sino porque reconoce en ellos la presencia del Señor. Esto implica que cada parroquia, cada familia cristiana y cada comunidad religiosa deben convertirse en un espacio en el que nadie se sienta rechazado.

El Papa Pablo VI decía que el mundo está más dispuesto a escuchar a los testigos que a los maestros (Exhortación apostólica del Papa Pablo VI, *Evangelii Nuntianti*, n. 41). En consecuencia, nuestra acogida se convierte en un anuncio silencioso, pero concreto, del Evangelio. Al acoger a un niño, al proteger a una persona vulnerable o al compartir con quienes se encuentran en situación de necesidad, anunciamos que Dios es nuestro Padre y que cuida de todos sus hijos.

6. Conclusión

La Palabra de Jesús hoy es clara: “El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí” (Mt 18,5).

Quizá no podamos aliviar todos los sufrimientos de los migrantes, pero sí estamos llamados a ofrecerles el testimonio de nuestro amor. El Señor nos pide que nunca neguemos nuestro amor a esa pequeña mano que se tiende hacia nosotros, porque detrás de cada niño que sufre se hace presente el rostro de Cristo.

Él nos pide:

Una sonrisa para devolver la esperanza.

Una mano tendida para levantar una vida.

Una puerta abierta para hacer posible un encuentro.

Te pedimos, Señor, un corazón semejante al tuyo: un corazón que vea, que escuche, que acoja, que proteja; en definitiva, un corazón que ame.

Haz de todos los migrantes y de quienes los acogen testigos de fraternidad y de esperanza.

Virgen María, tú que conociste el exilio junto a San José y el Niño Jesús, acompaña a todos los niños migrantes y refugiados y cuida de cada uno de ellos, como solo una buena Madre sabe hacerlo.

Amén.

